



EL BUEN HUMOR DEL EMPERADOR Y EL PONTIFICE

Por VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Nadie ha podido probar que Carlos V conociese el destino de su Ejército cuando, falto de pagas e indisciplinado, abandonó Milán hacia el sur. En el sur estaba Nápoles, Reino integrado en la Corona de Carlos I de España, pero entre Milán y Nápoles había varias tierras de diferentes Señores y lindando con Nápoles los Estados de la Iglesia y su capital, Roma. El movimiento militar desde Milán para proteger a Nápoles, que sí estaba amenazado, pero tenía guarnición suficiente, parece un tanto extraño, y más si consideramos la llegada de Jorge de Frundsberg, con los lasquenetes traídos del Imperio. El Emperador, sin duda alguna, estaba resentido por la actitud del Pontífice en la conjuración descubierta por el Marqués de Pescara y en la cual era parte principal. La necesidad de hacer entrar en razones al Pontífice Clemente VII era imprescindible para la pacificación de Europa y que el Emperador pudiera hacer frente a los turcos en las fronteras del Este del Imperio y en la mar Mediterránea. Al Papa, quizá fuese necesario darle un susto, acercar tropas en son beligerante a sus Estados para hacerle variar en sus apoyos al Rey Cristianísimo Francisco I, que pactaba con los turcos y para que en cambio estrechara su amistad con el Emperador. Pero un ejército sin pagas y con



disciplina, por tanto, muy mermada, es difícil conducirlo correctamente. Por otra parte, en los indudables encuentros en Toledo entre el César y el Duque de Borbón se debió debatir la necesidad de amedrentar al Pontífice para que accediera, principalmente, a la convocatoria de un Concilio para atajar la herejía en Alemania y llevar a cabo la reforma de la Iglesia y principalmente de la Curia Romana reclamada por toda la cristiandad.

Ese Ejército, que desde Milán pasó próximo a Bolonia, tierras de la Iglesia, sin llevar a cabo saqueos; que, atravesados los Apeninos, se aproximó a la rica Ciudad de Florencia, gobernada por los Médicis y se concertó con ella, pues como buenos comerciantes sus moradores prefirieron desprenderse de unas monedas a ser saqueados y posiblemente a encontrar la muerte.

El Duque de Borbón, y también Duque de Milán, al llegar a la vista de Roma, desde el monte Mario, envió a un trompeta solicitando el libre paso por la Ciudad. Sobre esto no hay duda alguna y en lugar de aceptar las condiciones propuestas y en su mayor parte aprobadas en gestiones anteriores —y con su aceptación evitar toda violencia— Renzo da Ceri, Capitán que estaba al frente de la defensa de Roma, ordenó ahorcar al trompeta. Fue un mártir innecesario que terminó de irritar a los jefes del Ejército y a los componentes del mismo, alemanes, italianos y españoles que, al fallecer de un arcabuzazo el Duque de Borbón en el asalto iniciado a las murallas en las primeras horas del 6 de mayo de 1527, quedan sin General y los diferentes capitanes de que se componía el Ejército, aunque prestigiosos y queridos por sus soldados, carecían de la fuerza que proporciona el mando general para imponerse, por un lado, y por otro no podían impedir un derecho que tenían los ejércitos asaltantes de libertad durante tres días. El mismo día de su penetración en Roma, nombraron provisionalmente Capitán General al Príncipe de Orange, pero éste, en un reconocimiento en las proximidades del Castillo de Sant'Angelo, fue herido, lo que aún vino a complicar más la situación, ya por sí muy difícil, pues el nombrado Gobernador de la Ciudad



Eterna, Carlos de la Mothe, aunque instituyó patrullas mixtas de alemanes y españoles mandadas por sus propios capitanes, no pudo evitar los desmanes que, por derecho de guerra, correspondían a los soldados.

El mismo día del asalto a la ciudad, el 6 de mayo, el Pontífice, con varios cardenales y población romana, se refugió en el Castillo ya citado y el 5 de junio, ante el convencimiento de que del exterior y del Ejército de la Liga no recibiría auxilio alguno, pues su General, el Duque de Urbino, resentido con Clemente VII por haberle desposeído de su feudo en beneficio de un sobrino de Su Santidad, permaneció indiferente durante la marcha y acampado en las proximidades de Roma y no llevó a cabo movimiento militar alguno, ni siquiera para demostrar un cierto interés en una posible liberación del Papa. La Mothe tuvo la ingenuidad de no controlar a las tropas italianas que fueron las que, por conocer la Ciudad y a muchos de sus moradores, hicieron más excesos que las otras. Además, a los tres días entraron los Coloneses, agraviados por Clemente VII con incautación de sus tierras y se despacharon a gusto con quienes creyeron ser los autores de dichas demasías. También tuvieron que soportar la venida de tropas del Reino, o sea, de Nápoles, que llevaron a cabo el tercer saqueo en masa, aunque el robo y las muertes de los romanos, duraron durante toda la ocupación, exceptuando todos a los judíos que, desde el primer momento, se prestaron a adquirir los objetos robados y que por tener dinero contante o hacérselo llegar, fueron los verdaderos beneficiados de la ocupación de Roma.

Con las líneas anteriores se han querido enmarcar las tres cartas: dos del Emperador y una del Pontífice.

Constituyen un modelo de diplomacia y el hazmerreír para quien conozca un poco la Historia de esa época. Su contenido es el siguiente:

Carta de Carlos V a Clemente VII

«22. Nov. 1527. Tres saintt pere. Jai entendu par lettres de France la dence de votre saintete. Et quoique mes ministres ne



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

mayent ni mande rien de tout ceci, ausquels javois commise et doncette charge, estant assure, quils auront fait ce que de ma je leur avoy enjoint; si me suis je grandement rejoui, et de ai recu un merueilleux contentement, et plus que de chose me fut onc peu advenir. Car a vrai dire, de tant plus je fus y de votre detention, laquelle a ete faite sans que jen sois nement coupable, plus grande aussi en est ma joie et allese, oyant que vous etes delivre par mon commandement et les mains de mes ministres et serviteurs, de quoi je rends es a notre seigneur. Et se peut assurer votre saintete, que, mestant bon pere, comme jespere que vous serez, et bon eur, vous verrez que mes actions seront les oeuvres dun fils le en votre endroit, et qui aura plus de pensement daccroile toute ma force, et restaurer la grandeur de votre saintete e leglise du saint siege apostolique et de sa dignite, que daer la gloire de mon empire, ainsi que jai dit et declare a e nonce, et comme plus amplement votre saintete pourra ente par celui que bientot je depecherai, qui sera homme agre a v. b. Et dautant que je ne desire rien tant que de vous plaire et satisfaire a vos desirs en tout ce quhonnêtement je vous supplie aussi, que ce pendant vous ne souf quon vous decoive, et ne croyez ceux qui transportes de passions et avec des informations sinistres et faux donner ordre tacheront de vous faire croire tout autrement que je ne ecris.

Faisant fin je baiseraï les pieds et les mains de votre saintete, priant dieu vous donner longue et heureuse vie. Du Burges 22 de novembre de 1527.

De la main de celui qui est de votre saintete les fils tres-humble.

Le Roi.»

(Lanz, documento 102, tomo I.)

Carta de Clemente VII a Carlos V

«22. 11 Januar 1528. Charissime in christo fili noster, salutem et apostolicam benedictionem. In mentre che noi eramo detenuti, non havevamo altro che scrivere a vuestra s^{ta}, se non pregarla per la liberatione nostra; ma vedendo per le littere di



quella, che ne potorno el generale et vere epse quel che referirno epsi, con quanto desiderio et caldeza la havra ordinato et commandato cio da se medesima, a parve piu tosto aspettare di ringratiarla delle effecto di tal bono animo et ordine suo, che rescrivendoli allora pregarnela altrimenti, et maximamente che speravamo havere affare tale offitio prima che hora; ma la morte che successe del vicere fu causa in gran parte, che si sia, come pensiamo, indugiato, sin qui ringratiamo pero dio de ogni cosa, et che al presente per sua gratia et di vuesta s^{ia} semo liberi, laquale facciamo certa, come tante volte abbiamo facto, che del bono animo suo verso noi et questa santa sede et verso el bien publico christiano mai habbiamo dubitato, et pero di cio che la ne scrive per ditte et per la de venti due di novembre che habbiamo ricevuta, que ultimamente siamo certissimo. Et cosi come mai non habbiamo data colpa alcuna a lei, di quanto se e patito, cosi ancora crediamo, et piu che la non scrive del dispiacere, che la ne ha sentito et sente; tuttavia et certamente no vuesta s^{ia}, che sempre ha monstrata in se tanta bonta et virtu, ma qual si sia malvagio homo harebbe da moversi a compassione di tante rapine, crudelta, dishonori et violentie, non solo contra li homini, ma contra a dio et ogni religione. Et sentendo tanto dolore vuesta s^{ia} di queste calamita et miserie solamente per haverle udite, puo pensare quel che habbiamo facto noi che le habbiamo vedute et patite in noi medesimi et nella persona nuestra propria, ben che del mal nuestro privato non ci sarebbe doluto, canto ne dorebbe se da quello nonne (?) fussi nato el mal communc di tanti christiani, et specialmente de poveri subditi et raccomandati nostri, et tanto piu che la ove ne siamo sempre sforzati di havere quella cura di loro che si conveniva al debito nuestro di buono patre et pastore. Pare hora per il cattivo et infelice fine che ne e seguito per non havere ritrovato nelli ministri di vuestra s^{ia} quelle fede che richiedevano le dimostrazioni nostre verso quella s^{ia} che habbiamo facto tutto el contrario; pure confidandoci in dio, vero conoscitore delle altrui mente, a poterno bene sempre dolere di tanta infelicità nuestra, non mai della continua bona volonta nuestra, della quale nuestra vo-



lunta, ancora che vuestra s^{ta} come li altri ne possa essere insino ahora assai certificato. Et percio non habbia da dubitarne punto per lo advenire niente, dimeno acio che la me sia piu certa et piu sicura, et che ne per questo ne per altro che noi possiamo si rimanga di procurare la pace, el concilio et tutte laltre cose che vuestra s^{ta} desidera insieme con noi in commune beneficio di christianita et honore di dio: habbiamo facto et dato agevolmente tutto quel che la ne ha demandato circa li ostaggi et terre et altre cose; ben e vero che vuestra s^{ta} puo pensare, con quanto honore et autorita noi siamo per potere fare et procurare presso achi bisognera bene alcuno, inmentre che epsi ostaggi et terre date saranno ritenuti. Et percio la fede et volonta nuestra reputata molto minore, pure ne questo ancora ci ritardera, che noi seguitiamo in fare sempre tutto quel bene che potrono; ma per che noi possiamo tanto poco, quanto ognuno vede, con quella bona et ferma speranza che sempre habbiamo nella religione, pieta et justitia di vuestra s^{ta}, pregliamo dio et confortiano lei, quanto piu possiamo, ad ajutarci con quello studio et ardore che la si offerisce, et che si puo aspettare da un tanto et si catholico principe et da quel buono figliolo ai santa chiesa et nuestro, che la dice et mostra essere, che non dubitiamo, mandando a effecto si santi suoi desiderii, che tosto la rilevera noi, questa santa sede et la republica christiana, et ripararla nella sua prima dignita et stato, et cosi se punto di sinistra opinione et nata tra li altri di lei per difecto de suoi, non solo ricuperera ogni sua laude et gloria, ma la acrescera grandemente, sicome el medesimo generale li referira piu a lungo, et quale conoscendo noi ogni di piu, quanto vale et quanto saffatica volentieri per servitio di dio principalmente et per satisfacione nuestra et di vuestra s^{ta}, ci e parso rimandato a quello nel modo che da lui intendera, non conportando el presente stato delle cose et altre cagioni che epso le dira, che hora possiamo venire noi come desideremo. Et perche li habbiamo aperto tutto lanimo et desiderio nuestro circa le coste et publiche et private, et scriptone anche al nuestro nuntio largamente, piacera vuestra s^{ta} prestali piena fede. Havevamo anche pensato subito che sumo liberati et arrivati,



que di mandare un di vuestri a farlo intendere a vuestra s^{ta} et ringratiarla; ma per la difficulta del passare, si per mare come per terra, siamo sopraseduti, et intanto facto scrivere, se si potesse, mandare per Francia, ne ancora e venuta risposta, come verra o per questa o per altra via, lo mandereno in ogni modo aspettando con desiderio, quel che vuestra s^a scrive che mandera presto a noi. Da Orvieto a di XI de genarro 1528.»

(Lanz, documento 103, tomo I.)

Carta del Emperador Carlos V al Pontífice Clemente VII

«20. Febr. 1528. Mui santo padre. Siendo vuestro nuncio testigo de mi buena intencion, y de quanto me ha pesado de la larga detencion de la persona de vuestra santidad et de los danos e inconvenientes que se han seguido sin culpa mia, y de quanto he holgado de su deliberacion, aunque ha sido mas tarde que yo quiziera, de que fue causa la muerte del visorey de Napoles, quien por mi tenia cargo principalmente dello, y de hazer lo demas a contentamiento di vuestra santidad: no me estendere en dezir otra cosa sobre ello. La dilacion que he tenido en embiar a vuestra santidad persona para suplir las faltas de la dicha muerte ha sido para quererle embiar desde aora, y muy principal y di autoridad juntamente con el dicho nuncio, para que como testigos de vista y sabidores de mis entrañas y recta intencion quitassen a vuestra santidad todos escrupulos de diferencia, y reparassen las faltas que se syguieron por la muerte del visorey, loqual no ha havido lugar puesto, que con ello he hecho lo que de su nuncio sabra, a cuya causa he acordado de remittirlo a don Ugo de Moncada, por ser persona de quien yo confio como del que mas, y que era devido y de mi buena intencion e voluntad bastantemente informado. Muy humilmente suplico a vuestra santidad, le crea como a mi misma persona, y pues yo desseo haver por mi parte todo lo que pudiere, y por razon que en mi fuere, haga de la suya lo que espero. Y crea que como buen padre hara teniendo vuestra santidad entera fianca, que me hallara tal hijo que no le pesara demonstrarse asi amigo. Y con esto quedo besando sus



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

santos pies y manos, y rogando nuestro señor de a vuestra
santidad muy larga vida. De Burgos a XX de hebrero, y de
mano del humilde hijo de vuestra santidad.

El Rey.»

(Lanz, documento 105, tomo I.)

